

EL COMPROMISO DEL INTELECTUAL, UN DISCURSO FALAZ

RICARDO SERNA

Cuando se habla de *compromiso intelectual* se está hablando, en realidad, de *compromiso político*. El discurso al que estamos habituados es una simple falacia, un embuste, una teoría engañosa en el mejor de los casos, ya que sólo contempla el compromiso social adquirido por ciertos intelectuales desde una posición personal que viene determinada por el pensamiento político de los mismos.

Por esta razón, precisamente, sólo se suele hablar de aquellos intelectuales comprometidos con ideologías de izquierda, sin tener presente que el compromiso auténtico, el de verdad, tiene más de una cara, y no es en absoluto exclusivo de los intelectuales de la izquierda, sino de todos aquellos que, desde una necesidad expresiva culta, hacen de su obra creativa —sea cual sea ésta— una donación generosa a la sociedad que les rodea.

Antes de entrar en materia, deberíamos consensuar una definición sencilla pero comprensible del concepto de *intelectual*. Y aunque no es fácil dar una definición precisa, yo definiría al intelectual de forma parecida a como lo hace el Diccionario de la Real Academia, es decir, como “una persona dedicada al cultivo de las artes, las letras o las ciencias”. Pero yendo algo más allá, diría que se trata de “una persona que, a través de la creación y la reflexión, es capaz de ofrecer opiniones cualificadas con relación a las cuestiones sociales más diversas”.

Esa opinión cualificada nace del reconocimiento que los demás hacen de ella. Será una voz, o una firma, o una imagen socialmente reconocida por un grupo determinado, a veces por una mayoría. Y en tanto en cuanto sea así, también podrá ser representativa de una postura intelectual valorable.

Eso no quiere decir —desde luego— que la opinión de los intelectuales que se hallen fuera de los ecos mediáticos masivos no sirva de nada, aunque

sí es cierto que dichas opiniones no tendrán la misma vitalidad ni el mismo alcance que las hechas por los intelectuales afines a los medios de comunicación, medios que –por otro lado– no son a veces sino sistemas de manipulación descarada. A veces los medios no informan, sino que deforman. Y en esa deformación mediática se puede integrar la voz de ciertos intelectuales popularmente conocidos.

Suelen ser los medios de comunicación de masas los que dan su bendición a ciertos intelectuales, y los que vetan a la vez a otros. Esta elección viene condicionada sobre todo por las posturas afines que un determinado medio encuentra con un intelectual en concreto. Digámoslo más claro: la ideología política del medio necesita intelectuales que tengan un ideario semejante bien casadero con sus postulados. En realidad, los medios de comunicación —la mayoría de ellos, por no decir todos— no hacen con esto sino aprovecharse y valerse de los intelectuales de su cuerda para atraer hacia sí un cupo de audiencia fiel. Por eso serían los medios los auténticos *creadores* del intelectual políticamente correcto o, en su defecto, del intelectual políticamente conveniente a sus fines.

Hablaré —si se me permite— de escritores por ser el ámbito literario que más conozco y en el que mejor me desenvuelvo, aunque dejando claro antes de nada que tan intelectual puede ser para mí un físico nuclear como un novelista, un pintor o un filósofo.

La idea populista y más generalizada de *escritor comprometido* la veo en la historia desde antiguo: va de Voltaire a Sartre, pasando por Zola. Y eso que de unos años a esta parte, habiendo leído a Bernard-Henri Lévy, tiendo a pensar que la cuestión del origen hay que verla en la Francia del XIX y no antes. En cualquier caso, la literatura de Sartre, sin ir más lejos, se ha mostrado siempre como ejemplo de expresión del compromiso del escritor con el mundo, con la sociedad. Este tipo de intelectual se asocia siempre a eso que se da en llamar “*intelligentsia*”. El concepto de *intelligentsia* es utilizado por primera vez en 1860, aplicándolo a los intelectuales rusos, la mayoría de los cuales defendían concepciones políticas radicales, liberales extremas o inclu-

so idearios de revolución pura y dura.

Según escribe Bernard-Henri Lévy, la historia de los intelectuales comienza realmente —como digo— hacia el final del siglo pasado, en la Francia de Zola, de Péguy y Marcel Proust. ¿Y por qué en ese momento? ¿Por qué no en tiempos de Voltaire, de Lamartine, de Víctor Hugo? Porque es entonces —se contesta Lévy— cuando la fórmula misma aparece por vez primera con claridad. Explica que es en ese momento histórico cuando se populariza la idea de que un escritor o un artista puede y debe dejar a veces de escribir o de crear para comprometerse al servicio de una gran causa. Esta idea nació con motivo de un *affaire* muy singular: me refiero al célebre caso *Dreyfus*¹.

Los intelectuales lograron que triunfara la justicia y que Dreyfus fuera liberado. Y en el ardor de la lucha inventaron ese personaje nuevo: «el intelectual». Voltaire y Hugo habían luchado también a su modo en su época, en su momento, habían puesto su pluma y su talento al servicio de las grandes causas, pero el término mismo de *intelectual* no existía antes del *affaire Dreyfus*. Surge entonces en Francia. Es en esta época cuando por primera vez un grupo de personas retoma el adjetivo para invertir su sentido y hacer de él, ya no sólo un nombre, sino un título de gloria y un emblema: «Nosotros —exclaman orgullosos— somos *los intelectuales*... El partido de *los intelectuales*...». Pero obsérvese que le llaman *partido*.

Dejemos la Francia del XIX y situémonos en España. Aquí se nos ha vendido igualmente esa susodicha imagen de *intelectual combatiente*, y se habla de *intelectuales comprometidos* a la hora de citar, por ejemplo, a escritores y pensadores como los noventayochistas Maeztu —que comparte en un

¹ Alfred Dreyfus (1859-1935) era un oficial francés (alsaciano) judío, que fue condenado en 1894 a deportación de por vida por traición a la patria, con base en documentos falsificados. En 1898, el escritor Émile Zola promovió su defensa con la publicación *J'Accuse*, en la que incriminaba duramente al gobierno francés. *L'Affaire Dreyfus* causó enfrentamientos políticos internos y un resurgimiento del antisemitismo en Francia. Este caso originó la ruptura entre Francia y el Vaticano, y fue también la razón de la separación de Iglesia y Estado en este país. En 1899, al reanudarse el juicio, Dreyfus fue condenado a diez años de cárcel, pero finalmente resultó indultado. En 1906 fue plenamente absuelto y rehabilitado.

principio los anhelos socialistas—, José Martínez Ruiz, *Azorín* —que se declaraba anarquista en su juventud—, o el mismísimo Unamuno, afiliado al Partido Socialista, de ideología marxista, entre 1894 y 1897.

Dos de los paradigmáticos intelectuales comprometidos de la literatura española contemporánea: José Ortega y Gasset y Ramón José Sender. El primero apoyó el republicanismo; el segundo estuvo situado en la extrema izquierda durante años

Avanzando en la historia de nuestras letras, se habla también de *intelectuales comprometidos* al citar a Ramón José Sender— en la extrema izquierda durante mucho tiempo—, Ramón del Valle Inclán, filorepublicano declarado, José Ortega y Gasset —quien apoyó a la República de forma manifiesta—, Rafael Alberti —activo y ardoroso militante comunista—, Federico García Lorca —mito y mártir del antifascismo político, Miguel Hernández, otro mártir de los movimientos de izquierda, y así un largo etcétera que se nos haría tedioso.

Por el contrario, hay intelectuales que consideran como único compromiso válido hacer la mejor literatura posible y aportarla a la sociedad en la que les ha tocado vivir y educarse. Para estos escritores, el mero hecho de escribir es ya, en sí mismo, un compromiso firme; no un compromiso político, sino social, pues la obra de creación traspasa los muros de las ideologías y llega al espíritu, y al espíritu de todos, tengan la ideología que tengan y piensen como piensen. En realidad, este tipo de compromiso puro y esencial también es político; no olvidemos que el término *político* viene etimológicamente de *polis*, nombre que recibía en la Grecia clásica la ciudad-estado. Lo político era y sigue siendo, pues, todo lo que atañe a la polis y a los ciudadanos.

Hay quien alega que este compromiso puro no ejerce la suficiente influencia en la sociedad, que no basta para incidir en sus pautas. Desde mi punto de vista, esa lectura es errónea. Pedro Salinas, nada sospechoso por cierto de parcialidad, habla del poder de los intelectuales y dice, comentando a su vez la opinión de Carlyle: “Los escritores —dice Carlyle—, son seres

incalculablemente influyentes, en cuanto realizan a favor nuestro la obra de producir libros que nos guían o alegran”. Y aun sin carteles políticos en la frente, los intelectuales son capaces de penetrar con sus obras en las conciencias de los ciudadanos. Guitton escribe textualmente: “Me he asustado a menudo del poder que posee la palabra, incluso a los ojos de los que hacen gala de despreciarla”².

El poeta Flaubert estuvo literalmente fascinado por el indecible poder de la palabra. Pensaba que era milagrosa la gran incidencia que ésta —léase el mensaje de las obras literarias y artísticas, en general— tenía en los círculos receptores.

Poco se habla del compromiso intelectual de Manuel Machado, de Vicente Blasco Ibáñez, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Alonso Zamora Vicente y un sinfín más de autores que, desde lo personal, desde lo íntimo en ocasiones, saben llegar hasta lo universal y colaborar con sus obras a una educación del espíritu. ¿Acaso cabe mayor compromiso que éste?

Nos debemos preguntar si es justo pedir implicación política a un intelectual para aceptarlo como un ser *comprometido* con la sociedad que le rodea. No deja de ser un discurso falaz y completamente desmesurado. El escritor, lo mismo que el escultor o el filósofo, el ensayista o el pensador, están comprometidos sobradamente con las aportaciones creativas que donan a la sociedad. Ésta les debe la sensibilidad, el trabajo bien hecho, la reflexión que ofrecen en sus obras, en sus libros, en sus creaciones. Incluso les deben también la imparcialidad, si es que la tienen. Y por eso, el hecho de exigir al escritor un compromiso añadido de tipo político, es pedirle que se sienta *partidario* en lugar de *partícipe*. Es pedirle que se alinee con un bando, con una facción, con un ideario determinado, apartándolo descaradamente del

² Según escribe Díaz-Plaja, Juan Ramón Jiménez llama “héroes” a los escritores que “desafían una sociedad especialmente definida por su estupidez, su rutina y su ignorancia. Y, sobre todo, por su patética inapetencia ante lo cultural” [En DÍAZ-PLAJA, Guillermo, *El oficio de escribir*, Madrid, Alianza Editorial, 1969, p. 195].

sentido universalista de la inteligencia y de la creación en libertad.

El ser humano, por serlo, ha de tener un horizonte para caminar. Los intelectuales nos ofrecen su pensamiento, su reflexión más o menos explícita en sus obras; no busquemos en ellos parcelas de política. No queramos ver en los intelectuales apóstoles del marxismo, del socialismo, del anarquismo o hacerlos bandera de tal o cual revolución. Eso no es un intelectual, o sí. Dependerá de cada cual, de su ideario personal. Pero deberemos tener claro que Manuel Machado, pongamos por caso, sí que fue un autor de compromiso. Él mismo dijo: “Yo fui el primero en poner sobre el tablero los temas y problemas españoles”. Pero sin embargo, añade a continuación: “Estoy completamente de espaldas a las cuestiones políticas; o mejor dicho, mi política consiste en escribir versos lo mejor posible”. Ahí tenemos el compromiso, el testimonio, el deseo de colaboración del hombre con la sociedad.

Alonso Zamora Vicente, un intelectual comprometido consigo mismo y con la obra bien hecha.

¿Y qué decir del utópico humanista Vicente Blasco Ibáñez? Quién sabe si su afiliación en la Masonería no fue su compromiso auténtico y profundo con la sociedad de su tiempo.

Tan comprometido o más que Rafael Alberti, poeta y político por vocación, fue sin duda Juan Ramón Jiménez, un ser aparentemente elitista que aborrecía lo vulgar³, un hombre selecto, elevado, encastillado en su propia poesía y sólo afiliado a sí mismo y a la humanidad entera —casi nada—, pero que supo dejarnos un verdadero universo de especial sencillez donde hallarnos a nosotros mismos por medio de sus versos humanos. ¿Y qué decir de Ramón Gómez de la Serna, que rompió moldes en sus días como donante inefable de fantasía creativa y torrencial, como literato eficaz y como ser humano de gran generosidad y filantropía?

³ Salinas Pedro, *La responsabilidad del escritor y otros ensayos*, Barcelona, Seix-Barral, 1970, p. 219.

Dejémonos de retóricas al uso y planteemos la cuestión con la verdad por delante: el compromiso político está muy bien para los intelectuales que se sientan llamados a ofrecerlo. Pero tan comprometidos pueden hallarse éstos como los que desde otras posiciones distintas del socialismo o de cualquier otro *ismo*, sienten en su carne y en su pluma el deseo de incidir positivamente en la sociedad que les rodea, aunque no sea de la misma forma que los escritores o intelectuales políticos. Miguel Delibes es uno de los casos más emblemáticos que me vienen a la cabeza en estos momentos. Él, desde su recio humanismo de raíz cristiana, se aproxima a los humildes y no duda en criticar los vicios de la sociedad burguesa, pero desde sí mismo, desde su conciencia, parapetado tras sus personajes y las acciones de éstos; sin los artificios explícitos, políticos y panfletarios que ofrece por costumbre la militancia activa o el apoyo a una determinada ideología.

El caso de Cela es bien ejemplificador igualmente. El escritor gallego ejerció su tarea de intelectual comprometido con sus denuncias soterradas desde la buena literatura de sus libros, y nos da qué pensar con sus palabras, no con sus panfletos ni discursos a lo Sartre. ¿Quién no ve compromiso en obras como *La familia de Pascual Duarte* (1942) o *La Colmena* (1951)? Sin embargo, ningún crítico se atreve a escribir que Camilo Cela — como le llamaba mi buen amigo Alonso Zamora Vicente— fue un autor comprometido; primero porque su origen y vida de empedernido burgués lo alejan de la imagen romántica del intelectual militante, y porque sus maneras y argumentos no lo hacen fácilmente encasillable en ese apartado del mal llamado *compromiso*.

Camilo Cela, otro escritor del compromiso. De su compromiso cultural y social.

Estamos cansados —yo lo estoy, al menos, se lo aseguro a ustedes— de ver cómo al hablar de *compromiso intelectual*, sacan a la palestra personajes que, sin ser políticos profesionales, sí han tenido o tienen relación directa con un partido político o una línea ideológica determinada. Desterremos el

exclusivismo que supone juzgar ventajosamente la labor de semejantes intelectuales en menoscabo de otros que, estando igual o más comprometidos aún, lo demuestran de maneras muy distintas. Trabajando con tesón, por ejemplo, aunque sea calladamente en el silencio de un despacho, porque el trabajo intelectual ya es, de por sí, un magnífico compromiso social si está bien hecho.

Siguiendo la línea de argumentación que esgrime Julio Umpiérrez, me parece que hoy se debe medir al intelectual por el buen sentido de sus trabajos, por la posibilidad que ofrezcan sus obras de reflexionar acerca de los grandes males de la sociedad de nuestro tiempo: el hambre, la miseria, la intolerancia, la alienación y la dominación del hombre por el hombre. Se impone la imprescindible presencia de propuestas alternativas cuyo esfuerzo esté destinado a erradicar la miseria y las atrocidades a las que, por desgracia, nos estamos acostumbrando en Occidente.

Pero no hace falta compromiso político para esa labor. Basta con que los escritores escriban, y lo hagan con la buena fe de quien quiere colaborar limpia y personalmente al mejoramiento de su entorno. El profesor y singular poeta Pedro Salinas, hablando de los poderes sociales del escritor, afirma: “El poder primario del escritor, el espiritual, va acompañado necesariamente de algún modo de poder social, ya que al actuar sobre los lectores, sobre una colectividad, actúa sobre una porción de la sociedad”. Y lo hace sin necesidad —añadiría yo— de utilizar insignias, gritar consignas ni enarbolar banderas de partido.

No hace mucho, leía yo una carta de Pascual Serrano dirigida públicamente al dramaturgo español Alfonso Sastre, otro de esos intelectuales del compromiso militante. Le decía que acababa de leer su libro *La batalla de los intelectuales*, en el que Sastre denuncia la supuesta falta de compromiso de la *inteligencia* española de hoy en día. Pascual Serrano señala que la culpa de ese silencio —habría que ver si se da en la realidad o no; yo creo que no, desde luego—la tenían los medios de comunicación, que satanizan y vetan a quien les parece bien. Yo también lo creo, aunque justamente en sentido

inverso: no son los medios los que satanizan y vetan a los intelectuales políticos, sino precisamente a los que no se muestran partidarios, a los que se mantienen en su independiente trinchera creativa sin ejercer servidumbre alguna; éstos suelen tener siempre menos cancha mediática que los primeros.

Como apunta Gonzalo Soto Posada, de la Universidad Bolivariana de Medellín, el compromiso del intelectual puede ubicarse hoy en un horizonte de comprensión llamado *humanismo*. Desde el humanismo es desde donde ha de trabajar el auténtico intelectual *comprometido*, no desde el partido, ni desde el sindicato, ni desde el panfleto o la soflama. Cada cual en su sitio. Que los políticos hagan su trabajo y se ganen de ese modo los garbanzos. Dejemos que los intelectuales ejerzan de lo que son. Y si se les pregunta su opinión y desean darla, pues que la den sea cual sea ésta y Santas Pascuas. Pero si no quieren manifestarse políticamente, atengámonos a la lectura o contemplación de sus obras. Allí podremos obtener, a buen seguro, su verdadero testimonio. Y a través de él, entrever también su innegable *compromiso*.